

Fedora

La noche del día que conoció a Fedora, después de placenteras alucinaciones entre vigiliyas y desvelos, Artunduaga la vio desnuda sobre un pedestal de folios, sumarios y alegatos apilados en la mitad de su oficina, y despertó a la mañana siguiente con un alborozo palpitante en el corazón, como si hubiera amanecido con una jaula de pájaros metida en el pecho.

El encuentro había sido casual. Artunduaga había ido a darle el pésame a la viuda de un colega fallecido a causa de un enfisema pulmonar, y caminaba en busca de su Ford cuando se le vino encima un aguacero de padre y señor mío, precisamente al pasar por la entrada del Museo Nacional. Mientras esperaba que amainara el chaparrón, se había puesto a observar las obras exhibidas en el vestíbulo, sin aventurarse más adentro del edificio, pues desde niño sentía una inocultable aversión por este tipo de claustros. Y la vio porque toda la gente, tanto los visitantes rutinarios como los escapadores de ocasión, se habían agrupado en torno a ella, atraídos por su deslumbrante belleza.

Artunduaga también se quedó contemplándola hechizado, mientras defendía a punta de codazos el lugar que se había ganado en la primera fila del corrillo. Ella, por su parte, permanecía fría y distante, ajena al asombro que su hermosura suscitaba entre los hombres.

Antes de abandonar el museo Artunduaga adelantó algunas pesquisas y supo que tendría que esperar hasta el lunes siguiente si quería ver de nuevo a Fedora. Alguien le dijo que así se llamaba. El encuentro había tenido lugar un viernes en la tarde.

El sábado, como ya hemos dicho, se levantó sintiéndose más joven que un pan fresco, pero con la pesadumbre de tener que soportar todo el fin de semana ardiendo de ansiedad. Se quedó en su casa tratando de idear una estrategia tendiente al éxito de sus pretensiones amorosas, pero su

propio raciocinio de abogado acabó por convencerlo de que aquel era el disparate más absurdo que se le había pasado por la cabeza. Aquella noche no durmió, pero soñó con ella hasta el amanecer, y el domingo consagró la mañana a luchar contra su escepticismo del día anterior. Sin embargo, mientras desayunaba, llegó otra vez a la conclusión de que aquella era una verdadera locura, un estrambótico delirio de adolescente, y se prometió a sí mismo que jamás regresaría al museo.

Pero en la tarde volvió a cambiar de opinión. Salió de la casa con el pretexto de dar una vuelta por la ciudad, sabiendo de antemano que acabaría por llegar adonde su corazón quería que llegara. Encontraría cerrado el museo, pero no soportó la tentación de acudir a comprobarlo con sus propios ojos. El resto de la tarde lo consumió allí, plantado de espaldas a la puerta inexpugnable del edificio con la ilusión de que ocurriera un milagro. La niebla de la noche lo llevó de regreso a su casa.

El lunes se levantó más temprano que de costumbre y se marchó para su oficina. El sueño le había sido esquivo otra vez y se sentía amodorrado, pero trabajó sin descanso toda la mañana. En las primeras horas de la tarde estuvo visitando algunos juzgados, y a las cuatro se fue directamente para el museo.

Al transponer la puerta experimentó esa excitante sensación de incertidumbre, mezcla de regocijo y temor, que asalta a los enamorados cuando van a cumplir su primera cita de amor. Una escasa concurrencia circulaba por el vestíbulo, para bien o para mal de Artunduaga que avanzó por entre paneles y esculturas en busca de Fedora, y cuando al fin la tuvo frente a él, por más que iba preparado para verla, no pudo evitar que su presencia le cortara el resuello. Artunduaga entró en éxtasis al contemplar aquel rostro cuya belleza se prolongaba en las perfectas dimensiones del cuerpo: la placidez del talle, el delicado equilibrio de las piernas, sensuales y esbeltas, la voluptuosa proporción de los senos, el armonioso encuentro de los hombros y los brazos. Se detuvo de nuevo en la cabeza, altiva y serena, y en el lánguido y profundo misterio de la mirada, retardando, para gozarlo con mayor intensidad, el momento de contemplar la boca. Antes de hacerlo se aproximó a ella con la cautela de un experto que se dispone a examinar de cerca un pequeño detalle. Se sabía observado, alcanzaba a percibir los rumores de la fascinación colectiva a su alrededor, pero sus ojos ávidos buscaron afanosamente la boca de Fedora. Llegó a tenerla tan pegada a la suya que creyó delirar cuando respiró la fiebre afrodisíaca de su aliento, y se quedó temblando de amor junto a ella, después de haber logrado reprimir el loco impulso de besarla delante de la gente que lo estaba mirando.

El martes, cuando salía para la oficina, la vio entrar al edificio donde vivía. Más tarde se la encontró en el ascensor, y luego, al abrir la puerta

de su despacho, la vio sentada en el sofá, con las piernas cruzadas bajo la generosa estrechez de una falda entubada.

A partir de aquel día comenzó a visitar el museo a mañana y tarde, pero siguió tropezando con ella en la calle, en las plazas y en los restaurantes, y el jueves en la noche estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento al verla en vestido de baño, tendida como una reina de belleza dentro de la vitrina iluminada de un lujoso almacén de ropa de playa.

El viernes, tal como se lo había propuesto y a riesgo de hacerse encerrar en un manicomio, entró al museo, se empinó frente a ella y la besó largamente en la boca. Tuvo la suerte de no ser visto por nadie.

Esa noche tomó la decisión de apoderarse de ella. Sabía que la escultura no estaba en venta. Artunduaga hubiese dado todo lo que poseía, que tampoco era mucho, con tal de tenerla a su lado. Luego no tenía más remedio que robársela. Había resuelto vivir con ella por el resto de su vida.

Pasó los días siguientes elaborando, desbaratando y rehaciendo planes, desde tentar al celador con una buena suma hasta comprar un revólver para asaltar el museo a medianoche. Los fue descartando tras minuciosos análisis, hasta que dio con uno que ofrecía las mejores perspectivas. Según lo había podido comprobar él mismo, el objeto de su obsesión no era una pieza esculpida en mármol sino la réplica de un original vaciada en yeso, descubrimiento que, si bien es cierto lo desanimó en un principio, más tarde le proporcionó un gran alivio al reconocer la ventaja que tal hecho significaba para el logro de sus propósitos, considerando la dificultad o, más bien, la imposibilidad de cargar él solo con una escultura de mármol del tamaño de un ser humano. En cambio, la figura de yeso se la podría echar al hombro como si fuera una pluma. Además, y este fue el argumento más contundente que Artunduaga opuso a sus propios reparos: ¿no era de ella precisamente que se había enamorado?

El plan se desarrollaría en varias etapas. Artunduaga sopesó todos sus riesgos, analizó todas sus ventajas. De no surgir algún imprevisto el éxito de su empresa podía considerarse como un hecho seguro. Trabajaría solo, con la complicidad de su vieja camioneta Ford, en cuyo espacio, previo el ajuste de los asientos posteriores, lograría acomodar la escultura sin mayores problemas. El resto de la aventura cabía en la noticia de un periódico. Y en su apartamento.

Eligió un jueves, día de intensa actividad en el museo. Aunque parezca extraño, Artunduaga no se preocupó en ningún momento por el peligro a que se verían expuestos los tesoros artísticos de la nación. Lo que sí estuvo a punto de hacerlo flaquear, a la hora de la verdad, fue el riesgo de que su plan pudiera cobrar víctimas humanas.

Por suerte no fue así.

La noticia apareció el viernes en el ángulo inferior de la primera página del periódico de mayor circulación de la ciudad. Otros diarios no le concedieron tanta importancia. Un incendio, cuyos orígenes eran objeto de investigación, se había desatado el día anterior en el primer piso del Museo Nacional. La conflagración, controlada rápidamente, había creado pánico entre los numerosos visitantes, que se apresuraron a abandonar el edificio en medio de la confusión y el caos que generan este tipo de sucesos. Las llamas alcanzaron a destruir parcialmente algunos paneles y cortinas del salón principal de exposiciones, situado en ese piso, y donde, casualmente, se acababa de descolgar una exposición de cuadros de la época de la colonia, o sea que en aquel recinto no se había registrado ninguna pérdida importante. La alarma se produjo cuando el humo invadió el vestíbulo y los salones contiguos, circunstancia que fue aprovechada por vándalos sin escrúpulos para sustraer algunas piezas menores con el pretexto de colaborar en su salvamento. En realidad, la única desaparición que valía la pena destacar era la copia de una hermosa escultura cuyo original reposaba en el Palacio Pitti, de Florencia, desde el siglo dieciséis. La noticia no mencionaba al autor de la obra.

Artunduaga colocó a Fedora en su alcoba, sobre un pedestal ubicado al frente de su cama, y la iluminó con un reflector de luz aguamarina dirigido desde el piso, de tal modo que la escultura irradiaba en las noches un aura misteriosa que acrecentaba el esplendor de su belleza. Se dormía contemplándola, delirando en secreto con una visión perturbadora: Fedora bajaba de su pedestal y se tendía a su lado, con el cuerpo en llamas, rodeándolo con sus brazos.

No es de extrañar que a partir de la tarde del robo comenzara a desatender su oficina y a manejar sus negocios a través de instrucciones dictadas a su secretaria por teléfono. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su apartamento, pendiente de Fedora, alimentándose con lo primero que encontraba a mano en la cocina. ¿Cómo había sido posible enamorarse de una mujer que después de todo no era más que un triste objeto de yeso, y pasarse todo el día contemplándola? Pero, en realidad, ¿quién contemplaba a quién? ¿Acaso no era ella la que permanecía a todas horas despierta, vigiándolo, sin quitarle los ojos de encima, desnuda como una diosa impúdica a la espera de ser profanada por un ángel sacrílego?

La primera vez que volvió a salir de la casa estuvo ausente toda la tarde, y a su regreso se dio a la tarea de abrir unos enormes paquetes cuyo contenido lo había hecho sonrojar más de una vez ante las empleadas de las tiendas donde había estado de compras. Sobre su cama fueron apareciendo

medias, ligeros, ropa interior de color negro, pijamas de seda transparente y un extravagante surtido de prendas femeninas con las que comenzó a cubrir desde esa noche el cuerpo de Fedora, sólo para volver a desnudarla cuando la tenía vestida. Más tarde Fedora deambulaba como un fantasma recorriendo en la noche el castillo alucinante de sus sueños, y él despertaba radiante de alegría, y repasaba una y mil veces sus visiones nocturnas antes de volver a la desoladora realidad donde habitaban sus quimeras.

Siguió viviendo así, fiel al destino que se había labrado con sus propias manos, hasta que una noche ocurrió algo que vino a darle un vuelco total a su vida. Había llegado ansioso, con un ramo de rosas en la mano, y después de cerrar la puerta advirtió que la luz aguamarina de Fedora, que él creía haber dejado apagada al salir, estaba encendida en su alcoba. Avanzó en puntas de pie, sigiloso, con el corazón desbocado al galope. Entonces la vio. Estaba tendida sobre el lecho en una pose blanda y tentadora, con los ojos fijos en la puerta. No supo cómo, pero logró llegar hasta el borde de la cama respirando de milagro y contempló la blancura deslumbrante de aquel cuerpo ardiendo, con los senos a flote y el vientre hundido en una plácida languidez, como si surgiera de un pozo de leche. Arrojó las rosas sobre su cuerpo y la poseyó febrilmente, temblando de temor y de gozo, con la prisa irrefrenable de un adolescente. Se revolcó contra ella hasta sentir que vaciaba toda su vida en la avalancha de un orgasmo lento y palpitante que sangró en su pecho, perfumado por el aliento de un manojo aplastado de rosas.

A partir de aquella noche Artunduaga fue un hombre feliz. Hacía el amor con Fedora todos los días con la desesperación de un prisionero recién liberado de un largo cautiverio. Las rosas se volvieron un detalle tan constante que muy pronto la casa comenzó a parecerse a la bodega de un barco cargado de flores, sólo que allí viajaba él, y viajaba con ella, y los dos viajaban a lo largo de ese trayecto de paisajes inmóviles, empalagoso y traicionero que es el fugaz itinerario del amor.

Era un diario festín de lujuria, una pasión entre cuyas llamas Artunduaga ardía y se consumía noche tras noche. Pero también era la serena plenitud del amor. Al entregarse por entero a un imposible, puesto que había renunciado desde un principio al anhelo de ser correspondido, Artunduaga recreaba, sin el menor asomo de egoísmo, la más pura y elevada manifestación del amor.

La casa se fue llenando de canciones y espejos, de flores y perfumes, de muñecas y portarretratos y pequeños detalles del eterno universo femenino, mientras los guardarropas reventaban hasta los topes de prendas de mujer. Calzones, sostenes, medias, zapatos, carteras, vestidos, pijamas, toallas, coloretos y polveras aparecían en desorden por toda la casa, como si la mujer



que la habitara estuviera en la ducha, lista a perfumarse y a vestirse para salir a la calle.

Artunduaga llamaba a Fedora mi vida, mi amor, mi muñeca, mi locura, mi Fedora, escuchaba boleros, los cantaba, se los susurraba al oído mientras bailaba con ella entre sus brazos, y al despertar en la mañana acariciado por su aliento saltaba de la cama con más ganas de vivir que la noche anterior y retomaba sus canciones hasta el momento de la despedida, pues, por aquellos días, había resuelto volver a la oficina con el fin de afianzar sus ingresos, bastante menguados a causa de sus devaneos amorosos.

Había hecho instalar otro teléfono en el apartamento cuyo número mantenía en secreto, llamaba varias veces al día obteniendo respuesta de un contestador automático grabado con una voz femenina que le decía cosas como “Vieras la falta que me haces”, “No tardes, amor mío, te estoy esperando”, y frases que evocaban con apasionado cariño “el recuerdo que tengo de esa noche”, “tu risa jugando prendas la tarde del domingo”, “esas canciones tan románticas de tu última serenata”, sí, porque ya se había vuelto costumbre que Artunduaga le llevara serenatas a Fedora una o dos veces por semana, casualmente las noches que al salir de su oficina vagaba por las calles buscando una respuesta, tratando de dar con la clave que le sirviera para tapan el agujero por donde se colaban, una por una, corrosivas e implacables, todas las preguntas que acosaban su mente atormentada, las cuales, invariablemente, terminaba evadiendo en el refugio cómplice de un bar, copa tras copa, hasta sentir que el hueco de esa herida se desbordaba solo, ahogado en un charco de sustancias etílicas, donde flotaban sus sentimientos de culpa, tortuosa etapa que precipitaba su decisión de regresar a la casa con un trío de músicos destemplados que instalaba en la sala hasta el amanecer, intentando aplacar a punta de canciones el remordimiento de haber dejado sola a Fedora mientras él se emborrachaba como un marido ingrato que malgasta la noche tratando de olvidar a su mujer, para reconocer, de madrugada, que ya jamás podrá vivir sin ella.

La siguió amando con esa devoción de los enamorados que sólo viven para venerar el objeto de su amor, sin permitir que nada ajeno al mundo que había inventado para los dos pudiera llegar a convertirse en una amenaza capaz de destruirlo. Tal vez por eso el inicio del fin apareció una noche como tenía que aparecer. Artunduaga reposaba su fatiga de amor con la cabeza apoyada en el vientre de Fedora, amarrado a sus senos, y al retirar las manos sintió un leve contacto de ceniza en las yemas de los dedos. Un fognazo de pánico alertó sus sospechas en medio de la oscuridad, y cuando prendió la lámpara se vio las manos empolvadas de yeso. Al mismo tiempo, una punzada le atravesó la espalda a la altura de la región lumbar, y tuvo

que hacer un gran esfuerzo para recobrar el movimiento.

Pasó los días siguientes postrado en la cama, vencido por aquellas dolencias, mientras Fedora se consumía a su lado, como si quisiera entregarle su cuerpo pulverizado sobre el lecho en testimonio de su amor. Artunduaga respiraba el talco de su muerte y se abrazaba a ella temblando de amor y de miedo. De amor, porque sólo para ella vivía, de miedo, porque ella moría a causa de su amor.

Antes de que aquella gangrena despiadada y hambrienta acabara por devorar a Fedora delante de sus ojos, Artunduaga la vistió con sus ropas de muñeca y la puso sobre su pedestal en un rincón de la sala. Lo hizo un domingo, y después de hacerlo se quedó contemplando el mundo a través de la ventana. La ciudad aparecía bordada de visos dorados sobre las terrazas, como una vieja fotografía, y los rascacielos, las avenidas y los árboles semejabán en su quietud una réplica acartonada, una monstruosa caricatura, un burdo espejismo que hubiera podido ser arrasado por un soplo de brisa. Artunduaga pensó que si el mundo estallaba algún día, ese día tendría que ser un domingo, un día anodino, triste, interminable, un día en que todo podía desaparecer sin dejar rastro, como se esfuman las imágenes de un sueño al despertar.

Abrió la ventana y el aire penetró a empellones en la habitación mientras él se asomaba al abismo. La calle permanecía desierta. Había un carro estacionado allí abajo, solitario, abandonado como un juguete viejo. Artunduaga se acercó al cadáver de la escultura y regresó a la ventana con él entre sus brazos. Vio una mancha roja en el asfalto y cerró los ojos, como un asesino incapaz de mirar a su amada víctima en el momento del crimen, sólo para volver a abrirlos un segundo antes de arrojar a Fedora por la ventana, cuando la sintió respirar.

Pero fue algo mucho más contundente que su respiración. Lo que hizo que Artunduaga abriera los ojos fue el convencimiento absoluto de sentirse atrapado por la mirada fija de un ser humano, y cuando se encontró con los ojos de Fedora y vio el fulgor radiante que los iluminaba, comprendió que aquel angustioso desmoronamiento hacia la nada había sido, en verdad, el lento proceso de transmutación hacia la vida. Fedora estaba viva y vivía para él, para el ser que la había hecho vivir, para el hombre que se había puesto a gritar como un loco por la ventana, para el amante que comenzó a cantar y a bailar con ella por toda la casa mientras Fedora también cantaba y reía, abrazada a él, pegando al suyo su cuerpo milagrosamente transformado, hecho de carne y sangre, palpitante de amor y de vida. Artunduaga la acarició bajo los pliegues de su ropa y besó sus manos y su boca y su cara y su pelo, hasta que sus pies dejaron de bailar y sintió el vértigo de sucumbir enlazado

por un hilo invisible que acabó por amarrar su cuerpo a la perpetuidad de una serena quietud, donde ya todo fue liviano y placentero.

Artunduaga no tuvo conciencia del tiempo transcurrido. Cuando recobró el conocimiento, una música lenta y nostálgica se fue metiendo dentro de su cuerpo hasta mezclarse con su sangre y repercutir contra sus huesos.

Era la canción favorita de Fedora. Artunduaga supo que jamás dejaría de escucharla.

Vio su hermoso cuerpo desnudo sobre la cama, esperando, y se sintió contemplado amorosamente por ella. Vio que sus labios se movían, y aunque no alcanzaba a oír su voz se dio cuenta de que estaban pronunciando su nombre. Fedora lo llamaba, pero él permanecía inmóvil y la miraba desde arriba, erguido sobre el pedestal, muy cerca del lecho, iluminado por el haz de luz aguamarina arrojado desde el piso.

Fedora apagó la luz y avanzó hacia él. Un rato después Artunduaga dormía entre sus brazos.

